

LA FOSA

LOLA MONTALVO

LA FOSA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: julio de 2021

© Lola Montalvo, 2021
Obra publicada bajo licencia MJR Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1153-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-7327-2021

Impreso en España

«En España, de cada diez cabezas,
nueve embisten y una piensa»,
Antonio Machado

*A Jesús, Pilar y Jesús.
A mi madre, Pilar;
soy lo que soy gracias a ella.*

Tanto los personajes como el nombre del pueblo donde se desarrolla la historia son inventados.

Prólogo

Marzo, año 1940

El camión enfiló el camino del cementerio. La luz de los faros horadaba la negrura descubriendo a su paso un millar de insectos enloquecidos por tan inesperada claridad. Las ruedas crujían en la gravilla y varias chinas saltaron por el aire hasta los pantalones raídos del enterrador y del niño, padre e hijo, que esperaban junto al muro. Varios hombres, sentados de cualquier manera en el cajón y bamboleándose al ritmo del destartalado vaivén del vehículo, conformaban la carga del camión. Sus rostros, con los ojos vendados, mostraban una enorme ansiedad; a cada sonido nuevo, las caras giraban a un lado y otro, intentando adelantarse a lo inevitable, las bocas abiertas arañando un aire que se negaba a entrar en sus pechos aterrados. Esa tranquila noche de marzo, esa noche sin luna, iba a ser la última para ellos. Los frenos chirriaron. El camión se detuvo, y las luces enfocaron el muro que delimitaba el campamento, mostrando en su superficie los orificios de bala que acribillaban sus ladrillos y los salpicones de sangre seca que menudeaban en la rugosa superficie.

El enterrador tomó por un hombro al niño y, sin decirle nada, lo empujó a un lado para no entorpecer a los milicianos nacionales, tres en total, que bajaron de la cabina, carabinas en mano, y obligaron a descender, entre empujones y risas de burla, a los pobres desgraciados. Los que iban a fusilar. Ocho hombres de diversa complexión y estatura, vestidos con pantalones raídos y camisas de trabajo desgarradas. Cuando estuvieron frente a los faros

del vehículo, el enterrador pudo constatar que ninguno tendría más de veinte o veintitrés años. Aparte de vendarles los ojos, les habían amarrado las manos a la espalda y les habían atado cuerdas en los tobillos lo suficientemente holgadas como para dejarles caminar, pero no tanto como para permitirles correr. No iban a tener escapatoria alguna. Entre las carcajadas de los milicianos se escuchó el gimoteo de uno de los condenados, que sólo obtuvo como respuesta un fuerte golpe con la culata de la carabina entre los omóplatos. El hombre cayó al suelo de rodillas.

—¡Miguel, hombre, no lo mates antes de tiempo! —exclamó el que parecía tener el mando, al que llamaban el «Capitán», mientras se acercaba al hombre, que daba bocanadas de aire para poder respirar entre el llanto, ya incontrolable, y el intenso dolor devenido con el golpe. Lo ayudó a levantarse cogiéndolo por un brazo y lo empujó hacia los otros—. Venga, chaval —le dijo casi con amabilidad—, esto pronto va a acabar.

Los tres milicianos dispusieron entonces a los hombres en fila, uno al lado del otro, ante el muro del cementerio, frente a una enorme zanja de algo más de un metro y medio de profundidad; la tierra del fondo parecía removida, como si la hubieran utilizado recientemente, aunque en realidad no era así: desde la última saca habían pasado algunos meses, y ellos serían los últimos en ocupar la fosa común. Los milicianos se situaron frente a los hombres ya en fila, de espaldas a los faros del camión, para que su fuerte luz les iluminara la tarea que se disponían a llevar a cabo. Tomaron sus armas, separaron las piernas para buscar apoyo y apuntaron.

El niño y el enterrador se encontraban a un lado, cerca de los milicianos, aunque a suficiente distancia como para que no les alcanzara una bala perdida. El pequeño miró a su padre y lo vio sonreír. Tres de los ocho hombres ya lloraban ante su pelotón y movían los labios en una más que probable oración buscando consuelo. E intenso frío de la noche les sacaba grandes vaharadas de sus bocas, al ritmo intenso del terror, que ya los dominaba y hacía temblar sus cuerpos de forma descontrolada. De repente, los otros

cinco lanzaron al cielo gritos de «¡Viva la República!». Pronto fueron silenciados por los disparos de las carabinas, cuyos mortales impactos retorcieron sus cuerpos en un baile grotesco antes de caer al suelo sin vida. Los milicianos dispararon con una pericia nada habitual, y en un par de barridas acabaron con la cuestión. El niño apartó, entonces, los ojos de su padre, que en ningún momento había dejado de sonreír satisfecho, y los dirigió con aprensión al grupo de cuerpos que conformaban un amasijo de sangre y carne pálida, incluso de excrementos, al tiempo que el que se llamaba Miguel sacaba una pistola de su cinto y le propinaba a cada uno un tiro de gracia en la cabeza. Tras el último disparo, el silencio se adueñó del lugar. Un silencio extraño, vacío, opresivo.

—¡Ea, Sebastián —dijo el Capitán dirigiéndose al enterrador, al tiempo que los otros dos milicianos tomaban las carabinas y se metían en la cabina del camión—, ahí te queda eso! En cuanto termines, tú y el chaval os pasáis por la cantina y os tomáis un orujo de mi parte, que os lo habéis ganado.

—¡Como usted ordene, señor! —replicó Sebastián, al tiempo que se quitaba la raída boina y la apretaba entre sus dedos—. Esto estará listo en un santiamén. El niño resulta de gran ayuda para lo chico que es.

El niño miró al jefe de la milicia nacional con gesto serio. Aún le retumbaban en los oídos los disparos. Conocía a dos de ellos; eran del pueblo: Andrés y Luis, los hijos de Manuel, el que un día ya lejano fuera el cartero del pueblo y que tuvo el dudoso honor de ser uno de los primeros, tres años atrás, a los que le dieron «el paseíllo» por apoyar al gobierno de la República, por ser de la UGT y cantarlo a los cuatro vientos. Sus hijos habían corrido la misma suerte, y de nada les había servido esconderse en los montes durante todo ese tiempo. A los otros seis ajusticiados debían de haberlos traído de las aldeas de alrededor, o quizá los habrían apresado en la sierra, donde aún se escondían bastantes rojos, último rescoldo de una más que inútil resistencia a la autoridad impuesta tras el fin de la guerra.

El camión arrancó, reuló unos metros dibujando un arco con sus ruedas en la arena suelta y se fue por el mismo camino por el que había venido, dejando tras de sí una densa nube de humo maloliente, polvo y una espesa oscuridad.

Sebastián se acercó al muro canturreando una canción. Cogió dos palas, que descansaban en el suelo junto a un par de lámparas de queroseno encendidas, que también tomó, y se acercó a la fosa.

—¡Venga, hijo, que como tardemos mucho se nos echará el relente encima! —llamó al muchacho.

Entre los dos empujaron y arrastraron al foso a tres de los cadáveres que no habían caído dentro. Los cuerpos impactaron en la tierra del fondo de la zanja con un ruido sordo y desolador. El niño apretó los labios, venciendo a duras penas las ganas de llorar al posar las manos sobre los cuerpos aún calientes. No se acostumbraba, no lo conseguiría nunca, y mira que había ayudado ya veces a su padre. Cuando estuvieron todos en la fosa, Sebastián le tendió una pala al niño al tiempo que le dedicaba una enorme sonrisa.

—Este trabajito extra nos viene de perlas, hijo. Nos darán vales para alimentos. Si las sacas se repiten a este ritmo, no pasaremos penurias. La pena es que los rojos y los gilipollas se están acabando, ya no los pillan como antes —rio por lo bajo. Dejó de echar tierra, se quitó la boina y se pasó la mano por el cabello—. Es bueno estar arrimado a los ganadores. Las ideas en estos tiempos no sirven para nada ni apaciguan el hambre. —El hombre se caló nuevamente la boina y susurró—: Las cosas nos van bien así. Esta noche lo celebraremos, tú y yo.

El niño lo miró fijamente mientras levantaba la pala en aparente gesto de seguir trabajando. Sebastián se pasó la lengua por los labios y le guiñó un ojo, gesto cómplice al que el pequeño respondió con una mueca de evidente asco y que le hizo parecer mucho mayor de los poco más de seis años que tenía. Era muy alto para su edad, y el constante trabajo físico le había ampliado

las espaldas y encallecido las manos. Pero su rostro seguía siendo el de un niño. Un niño con gesto de viejo.

Sin decir nada, volvió a mirar a su padre, que chasqueó la lengua satisfecho con sus propios planes y se encorvó nuevamente sobre la tierra, dura y seca por el frío. En cuanto Sebastián bajó la cabeza y elevó la pala, el muchacho alzó la suya y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre los hombros y el cuello de su padre, quien, con un quejido de sorpresa y dolor a partes iguales, cayó sobre la fría arena, entre las piernas de los fusilados. Sin dar tregua alguna, el niño movió una vez más la pala y la giró entre sus manos, de tal forma que impactó sobre la cabeza de Sebastián. El borde de hierro actuó como un cuchillo y le abrió una enorme brecha en el cuero cabelludo. El hombre empezó a bramar y a farfullar una maldición, como si de un animal salvaje se tratara, al tiempo que intentaba levantarse afianzando los pies en el suelo irregular, pero la pala cayó de nuevo sobre su cabeza, esta vez en la frente, haciéndolo caer hacia atrás, desmadrado y medio inconsciente. El niño tomó aire con enorme esfuerzo, de resultas de lo cual un gemido gutural brotó de su garganta, casi un gruñido. Elevó nuevamente la pala y golpeó una vez y después otra.

Sebastián ya no se movía. Estaba boca abajo, con la cara en la tierra. El niño se agachó y, tirándole del cabello, le giró el rostro para poder verlo mejor. Escupió.

—¡Hoy no celebramos nada, cabrón! ¡Tú te vas a quedar aquí!
—le susurró con rabia.

Lo soltó de nuevo y le asestó un último golpe con la pala, que impactó sobre el cuerpo como sin ganas.

El niño se dejó caer de rodillas al lado del cuerpo de su padre, respirando con dificultad, más por la rabia que acababa de dejar salir a raudales que por el esfuerzo. El aire que exhalaba formaba pequeñas nubes de vapor frente a su cara. Sudaba copiosamente, y parte de la sangre de las heridas de su padre le había salpicado el rostro, la raída camisa y las manos. Se puso de pie lentamente, los hombros caídos bajo el peso de lo que a partir de ese momen-

to debería portar sobre su conciencia. Pero daba igual, pensó, merecía la pena todo el pesar que le abrasara el alma desde ese día, daba igual si el infierno se abría bajo sus pies esa misma noche o en un futuro. Se había librado de un demonio real, de carne y hueso, de su demonio, para siempre jamás. Ese que había convertido su vida en una tortura tres años atrás, llenando de repugnancia su existencia y su alma. No más ultrajes, no más vergüenza, no más asco... ¡Sí, merecía la pena el peso! Era un precio justo.

Suspirando profundamente, como un vano intento de controlar la ansiedad que amenazaba con derrumbarlo, tomó nuevamente la pala y dio un último golpe sobre el cuerpo de Sebastián.

Capítulo 1

Año 2010

El coche avanzaba por la cuesta con aparente facilidad. Llevábamos cinco horas de camino desde Madrid y estaba harto del viaje, con unos enormes deseos de llegar y de poder estirar las piernas. Fue entonces cuando, tras una curva bastante pronunciada, lo vi. El pueblo apareció como por ensalmo entre un apretado grupo de árboles y un cúmulo de matorros de nombre desconocido para mí, allí, asomado vertiginosamente en el filo de un barranco.

Suspiré. En ese pueblo, Castillejos de la Sierra, en la sierra norte sevillana, a sólo unos setenta kilómetros de la capital, viviría a partir de ese día con mi tía Mar. Y la idea no me hacía gracia alguna. Ese cambio no me parecía interesante ni oportuno. Me venía impuesto por las obligaciones laborales de mi tía, que se ocupaba de mí desde que mi madre había muerto. La miré. Conducía con el ceño fruncido, absorta en sus pensamientos, concentrada en la carretera. Me ahorré un chasquido de fastidio que sólo habría conseguido que me asañara nuevamente con decenas de preguntas, siempre con la vana esperanza de que me dignara a pronunciar alguna palabra, algo que no tenía intención de hacer, pasara lo que pasara.

Había dejado de hablar hacía cinco semanas. Ni una sola palabra había salido de mis labios. Tomé esa determinación porque pensé que, si entendían que no iba a hablar, dejarían de hacerme preguntas para las que o no tenía respuesta o no me daba la gana responder. Había sido testigo de cómo mi padre mataba a

mi madre con el cuchillo de cocina que ella utilizaba para cortar verduras. Con mis propios ojos y paralizado por el horror, fui espectador obligado de la rabia con la que él le arrebató la vida mientras pronunciaba palabras de odio y de desprecio. Tras la quinta puñalada, salió corriendo del salón, ignorando mi presencia, abandonó el piso de la calle Rafael Alberti de Madrid en el que vivíamos y se perdió escaleras abajo por el portal. Entonces, aun sabiendo que era inútil, tomé mi propia camisa e intenté evitar que la sangre, y con ella la vida, se escaparan del pequeño y delgado cuerpo de mi madre; sin dejar de llamarla, llorando como un loco, gritándole que no se muriera, que no me dejara así, que no me dejara solo... Apoyé su cabeza en mi regazo y la besé, la besé y la abracé desesperado, intentando que el calor no abandonara su cuerpo. Así me encontró la policía y el servicio de urgencias, apretando con mis dedos sus heridas y llorando desconsoladamente sobre su cadáver, todavía blando y tibio. Mi madre se llamaba Raquel y acababa de cumplir treinta años, y me era imposible asumir que ya no podría escucharla nunca más, abrazar su cuerpo, recibir sus besos, sonreír con su risa. Los sanitarios tuvieron que tirar de mí para separarme de ella. Yo me resistí con todas mis fuerzas, gruñendo y aullando como un animal. Eso fue lo último que salió de mi garganta.

Aún hoy, cinco semanas después, sin necesidad de cerrar los párpados ni de hacer grandes esfuerzos de memoria, veo los ojos sin vida de mi madre, sus labios ensangrentados, su piel pálida, grisácea. Veo los rastros que mis dedos llenos de sangre dejaron en su mejilla mezclados con las lágrimas. Siento las manos pegajosas y calientes por su sangre, me llega su olor, y la impotencia y la rabia me queman el corazón. Pero también me acompaña la culpa, una culpa negra y opresiva que amenaza con aplastarme. Y que no me deja respirar.

El espantoso asesinato de mi madre, agravado por el macabro detalle de que el ejecutor había sido mi propio padre, me llevaron a tomar la decisión de no decir ni una sola palabra cuando

la policía, primero, y los servicios sociales, después, me asatearon a preguntas en un intento de poner orden a los acontecimientos. Sólo tenían un fin, que no era otro que inculpar de forma indiscutible al asesino. Pero yo no podía hacer eso. Por la razón que fuera o quizá debido a que tenía diez años, me vi incapaz de afrontar tan enorme responsabilidad. Las autoridades se hicieron cargo de mí y me pusieron en manos de un grupo de psicólogos infantiles de probada competencia; ellos sí entendieron —en parte— mi dilema, mi enorme angustia, sin que yo abriera la boca. Amaba a mi madre con toda mi alma, y su pérdida era para mí una herida horripilante que jamás podría cerrar del todo. Pero también quería con locura a mi padre, explicaron, al que siempre me sentí muy unido, y no podía contribuir a su perdición, a arruinar una vida que, por otro lado, se había jodido él solito. Según los psicólogos, yo sufría un estrés postraumático, y el mutismo era una forma de protegerme del dolor y de la angustia. Cuando estuviera preparado para verbalizar el duelo, lo haría. Sólo había que esperar... pero no demasiado.

Sí, habían acertado de pleno, cierto. Pero su puzle estaba incompleto, y yo me negaba a proporcionarles la última pieza, aunque ellos no lo sabían. No la echaban de menos, por eso no la buscaban. Ellos estaban satisfechos con su diagnóstico y no eran conscientes de que les faltara nada. Y es que yo tenía una cosa en mi interior, un detalle que no quería, que no podía ni debía develar. Algo demasiado espantoso para mí. Algo que se quedaría donde estaba para siempre. Por ello mi mutismo tendría una duración... indefinida. La única forma de dejar salir alguna información de mi interior era dibujando. No escribía, no asentía con la cabeza ni hacía gesto alguno. Sólo dibujaba. Dibujos de paisajes, montañas, rascacielos, desiertos o el mar... sólo eso. Yo miraba mis dibujos y en ellos sentía reflejado el vacío que me había quedado tras la muerte de mi madre. Mi vacío.

Así que, tras una semana de intentar, sin éxito, que respondiera a los test, de dibujos que analizaban con lupa, de preguntas sin

respuesta, los psicólogos decidieron dejarme un poco tranquilo y me pusieron bajo los cuidados de mi tía, la hermana mayor de mi madre. Mar. A ella le dijeron que, si en un tiempo prudencial no hablaba de nuevo, se plantearían ingresarme y someterme a tratamiento psiquiátrico. Unos días de mutismo era razonable tras una experiencia como la que había sufrido un niño de mi edad, pero ya llevaba demasiado tiempo de silencio y las alarmas se estaban encendiendo. En una semana más se replantearían mi caso.

A mi padre lo habían arrestado el mismo día que había sucedido todo. La policía lo encontró a punto de tirarse a las vías del metro, en la línea 1, en la estación de Tribunal. Ojalá lo hubiera conseguido, ojalá lo hubiera atropellado un metro y su cuerpo fuera ya un amasijo sin vida. No merecía otra cosa. No merecía vivir. No soportaba saber que respiraba. No podía soportar la idea de que él estuviera vivo y mamá, no.

★ ★ ★

El coche enfiló una empinada y estrecha calle empedrada. A esa hora de la tarde, una sofocante y calurosísima tarde de finales de junio, no circulaban ni las chicharras, y el ambiente casi desértico terminó por aplastar definitivamente mis ánimos contra el suelo.

—Ya hemos llegado —dijo mi tía con tono despreocupado. Circulaba despacio mientras con la mirada buscaba los letreros de los nombres de las calles—. Ahora sólo falta encontrar la casa de la tía Elena.

Mar es antropóloga forense. Desde que terminó sus estudios, hace más de quince años, ha viajado por decenas de países colaborando en búsquedas e identificaciones de cuerpos, de personas desaparecidas tanto en épocas recientes como lejanas en el tiempo. Trabaja, mejor dicho, trabajaba hasta hace unas semanas, para una universidad de Inglaterra como docente e investigadora en su campo. Para cuidar de mí en España, ha pedido una excedencia. Mi madre me contaba, las pocas veces que me hablaba de ella, que

nunca habían estado demasiado unidas. Se llevaban diez años y tenían intereses completamente diferentes, lo que les había impulsado a dirigir sus vidas a metas opuestas. Mi madre decidió casarse, dejar sus estudios de Derecho y cuidar de su casa; mi tía, estudiar como una posesa hasta que consiguió finalizar la carrera y el doctorado, para luego viajar en busca de la mejor explicación de muertes pasadas o presentes. Según parece, mi tía Mar es una científica reputada, muy valorada en el ámbito universitario. Su carrera prometía llevarla muy lejos.

Entonces murió mi madre y a mi padre lo metieron en la cárcel.

La policía y los servicios sociales de Madrid la localizaron enseguida. Mi casa se había deshecho por completo de forma trágica y yo no tenía más familia directa que ella, pues por esos días los servicios sociales no sabían de la existencia de tía Elena. Cuando me explicaron que habían hablado con mi tía Mar, que residía y trabajaba en Londres, pensé que no vendría, que le daría igual lo que me pasara. No sé por qué se me pasó esa idea por la cabeza, pero lo cierto es que eso fue lo que pensé. Para mi sorpresa, vino a Madrid en el primer vuelo que pudo encontrar y me llevó con ella en cuanto se lo permitieron. Desde ese momento, no se ha separado de mí.

Los primeros días vivimos en un hotel. Yo había estado algunas veces en hoteles de playa con mis padres de vacaciones. Pero con mi tía Mar conocí lo que era un hotel caro en la capital: una habitación enmoquetada, impersonal, más o menos cómoda, agobiante, enorme. Por suerte, estuvimos poco tiempo. A los pocos días, alquiló un apartamento en la zona de Princesa. Por recomendación de mi psicóloga, una mujer muy mayor con moño blanco y oronda como un botijo que me recordaba a la esposa de David el Gnomo y cuyo nombre era Hortensia, yo debía seguir acudiendo al colegio a pesar del mutismo, al mismo centro al que lo había hecho siempre, en mi barrio de Vallecas. Según Hortensia, sólo se obtendrían resultados si me veía inmerso lo más pronto posible

en mi rutina habitual. Así que mi tía me levantaba todos los días a las siete de la mañana, me obligaba a desayunar y me acompañaba en el metro hasta el colegio. Cuatro días a la semana, de lunes a jueves, yo tenía clases por la tarde y comía en el comedor del centro, y ella me recogía a las cinco, los viernes, a las dos, y en metro regresábamos al apartamento. Como colofón a tanto traqueteo, cada tres días iba a la consulta de Hortensia, sita en la zona de Moncloa. Esos días no llegábamos a casa hasta las diez de la noche. Y a la jornada siguiente, volver a empezar.

Reconozco el esfuerzo de mi tía Mar desde el primer día. De golpe y porrazo se había convertido en tutora y familiar responsable de un sobrino al que apenas conocía —creo que vino a verme cuando nací, pero yo no tengo noticia de ninguna visita más; ella no forma parte de mis recuerdos—, para el que era una extraña y que, además, no pronunciaba ni una sola palabra. Una situación complicada, de todas todas. Pero ha respetado mi silencio sin cuestionarme, sin presionarme. A veces me dice que sabe lo mal que lo estoy pasando y que llegará un día en que me encuentre mejor. Su tono de voz es cálido, agradable y pretende ser sincero..., o intenta creer ella misma en lo que dice, no lo sé. Me trata con mucho cariño y me besa cada vez que le parece. Ella no es mi madre, aunque, en ocasiones, me gustaría. Otras muchas veces, impelido por una rabia que me hace llorar con la cara apretada contra la almohada para que ella no me oiga, mientras busco un motivo por el que murió mi madre, con lo que la necesito, me pregunto por qué no podría haberse muerto mi tía, que no tiene marido ni hijos y nadie la habría echado de menos. Entonces, cuando pienso cosas feas como ésa, me siento tan miserable, tan rastrero, que me paso horas sin poder mirarla a la cara. Porque mi tía, aunque hasta hace poco era un ente sin rostro de cuya existencia y obras sólo tenía noticias por mi madre, cuya imagen en mi cabeza era producto sólo de sus recuerdos y de alguna foto vieja, ahora supone todo lo que tengo en la vida. Sin ella estaría solo en este mundo.

Y no deseo estar solo. Me aterra el pensarlo.

Mi tía Mar tiene cuarenta años, aunque no los aparenta. Es alta, delgada, pero con el cuerpo en forma de pera, porque le sobresalen excesivamente las caderas y el trasero. No es guapa, no, con ese rostro tan moreno, enmarcado en un cabello rizado y negro y esos labios finos que perfilan una boca ancha y grande de sonrisa fácil, aunque tampoco se puede decir que sea fea, que no lo es. Eso sí, tiene unos ojos que focalizan todas las miradas, de un marrón oscuro transparente que transmiten todo de ella. Sus ojos son sus verdaderas ventanas del alma, idénticos a los de mi madre. Y su voz es grave y fuerte, pero a mí siempre me habla con suavidad, aunque no hace como esos adultos que se dirigen a los niños infantilizando y aflautando el tono, como si los niños en lugar de pequeños fuéramos tontos. No, ella me habla como a un adulto, mirándome siempre a la cara. A veces se dirige a mí como si yo fuera a responder, provocando con su voz mi respuesta; entonces sonrío... Me sonrío con una calidez que me tienta a aclarar mi garganta y soltarle palabra por palabra todo lo que llevo dentro. Pero no puedo, aún no.

★ ★ ★

Mi tía necesitó mirar una docena de veces un plano del pueblo que se había descargado por internet y volver sobre sus pasos otras tantas antes de encontrar la calle correcta. En uno de esos giros equivocados, nos encontramos de frente con una furgoneta muy vieja, conducida por un hombre tan añoso como su vehículo, que nos gritó, no de mala manera, la verdad, al tiempo que sacaba medio cuerpo por la ventanilla abierta:

—¡Shiquiyaaa! ¿No *veh* que *vaha* contramano?

Mi tía frenó de golpe, y yo me vi sujeto dolorosamente por el cinturón de seguridad. Ella apenas se movió un poco hacia delante; sacó la cabeza por la ventanilla abierta.

—¡Disculpe, disculpe..., es que voy un poco perdida! —dijo mi tía mientras sacaba la mano por la ventanilla y hacía un gesto a modo de disculpa.

El hombre correspondió a su gesto, y mi tía murmuró bajito, como si el hombre pudiera escucharla, sin poder contener una sonrisa:

—¡Entenderé «contramano» como «dirección prohibida»! —Y soltó una carcajada. Con mano experta dirigió nuestro coche hacia otra calle, me puso una mano en la rodilla, cálida, y me dijo: ¡Amigo, prepárate, aquí hablan un idioma propio que nos va a costar entender! Tendremos que hablar procurando no ser pedantes con nuestro acento castizo de sílabas completas...

Y me miró burlona, rubricando sus palabras con una enorme sonrisa. Yo me limité a observarla, aparté mi rodilla de su mano y miré de nuevo por la ventanilla. No piqué. A esas alturas me resultaban ya muy graciosos sus intentos «provocadores» para que arrancara a hablar. Los primeros días, esos anzuelos mal echados me enervaban, me irritaban a más no poder. Pero a esas alturas ya la conocía, sabía que su carácter dicharachero y su simpatía eran totalmente sinceros y que no intentaba hacerse la guay conmigo, sino que sólo pretendía llenar los silencios con lo más parecido para ella a una conversación. Nada a su alrededor era silencioso: siempre estaba tarareando o hablando sola entre murmullos o escuchando música o la radio, y yo, todo mutismo, contrastaba a más no poder con la variedad de sonidos que la envolvían como si de un halo se tratara. Un halo agradable, dado que anulaba mis silencios haciéndolos menos patentes y eso me gustaba. Me ayudaba a no pensar.

Hace dos semanas, mi tía Mar recibió una carta de un amigo de la universidad. Ahí comenzó a cambiar todo. Este amigo, del que no me dijo el nombre, le contaba que le había llegado la noticia de que había vuelto y que pasaría una temporada en España, así que le ofrecía la oportunidad de hacer trabajo de campo en su especialidad al tiempo que ayudaba en una buena causa. En un pueblo de la sierra de Sevilla, Castillejos de la Sierra, habían localizado una fosa común en la que se tenía documentado que estaban enterrados gran número de represaliados de la Guerra Civil

y del franquismo. Él era uno de los arqueólogos a cargo de las excavaciones, y estaría encantado de contar con Mar. La labor sería totalmente altruista; una colaboración para la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica en su delegación local de Castillejos de la Sierra.

Las explicaciones de mi tía me sirvieron de poco. Fue excesivamente escueta, y yo no tenía ni idea de a qué guerra se refería ni qué asociación era ésa. Y lo cierto es que me daba igual. Yo iría donde ella decidiera que fuera.

Mi tía se guardó la carta un par de días antes de decirme nada, supongo que para meditar con tranquilidad lo que era más conveniente... ¿para ella?, ¿para mí? Al final, me presentó la cuestión como una decisión ya tomada. Iríamos a Castillejos de la Sierra. Era consciente, me aseguró, de que yo necesitaba vivir en un ambiente tranquilo y sano, un ambiente que me permitiera dejar atrás los espantosos hechos que había vivido. Y daba la casualidad de que en ese pueblo vivía una tía materna de Mar y de mi madre, llamada Elena, que había ido allí tras sacar unas oposiciones a maestra casi cuarenta años atrás, y allí se casó e hizo su vida, y allí vivía aún, ya viuda.

Mi tía consultó sus planes con mi psicóloga, Hortensia, que se mostró reacia a que me fuera de Madrid en plena crisis, sin haber pronunciado aún ni una sola palabra ni un triste sonido. Hortensia, prudentemente —según sus propias palabras—, me remitió al psiquiatra de la clínica, que me recetó unas pastillas. Esa medicación, afirmó, mejoraría algo en mi interior y me ayudaría a soportar y superar la pena de lo vivido, la ansiedad y la angustia, y me facilitaría, en definitiva, la labor de recuperar las herramientas que me permitieran volver a comunicarme con mis seres cercanos. Sus palabras sonaban en mis oídos como el tam-tam de la selva de las *pelis* de Tarzán que veía con mi madre: repetitivas e ininteligibles. Una vez hecho esto, una vez que me vio el psiquiatra y me recetó los dichos antidepresivos, Hortensia dio el visto bueno para nuestro viaje. En Sevilla me visitaría un psicólogo in-

fantil recomendado por ella, al que le haría llegar un resumen de mi historia, y un psiquiatra de la misma clínica de salud mental supervisaría mi tratamiento médico. Con todas estas premisas, ya podía cambiar de residencia. Quién sabe, me dijo Hortensia al despedirse de mí mientras posaba una mano protectora sobre mi cabeza, quizás el cambio de ambiente me sirviera de revulsivo para recuperar mi normalidad. Al regresar a casa busqué «revulsivo» en el diccionario, pero el concepto no me quedó muy claro. Estuve tentado de no tomarme las pastillas, de engañar una vez más, pero pensé al fin que quizá sí podrían ayudarme a no sentirme tan mal, a adormecer un poco el dolor que me agobiaba tanto, por unos remordimientos que procuraba encerrar en algún rincón de mi cabeza. Así que me tomé la medicación. Pero el dolor no desapareció. Como todo lo demás, resultó una medida inútil.

Mi custodia legal era ahora de mi tía, por ello, me explicó, no se le expuso la cuestión de nuestro viaje a mi padre. Mar sólo se había limitado a informar a la policía y al fiscal del caso —a eso quedaba tristemente reducida la espantosa muerte de mi madre, a un «caso»—, por si necesitaban algo de mí.

¿Y mi padre?

Mi autoimpuesto silencio, única forma que yo conocía para protegerme de preguntas y explicaciones, me impidió decir a mi tía Mar que me alegraba muchísimo de poder alejarme de él. Me relajaba, por fin, la certeza de que durante algún tiempo a nadie se le ocurriría la funesta idea de que fuera a visitarlo a la cárcel, porque era algo que me horrorizaba; antes prefería sacarme los ojos con dos hierros candentes. Del amor sin límites que creía haber sentido y que me había unido a él antes de morir mi madre, había pasado a sentir un odio tan intenso que creía que moriría si lo dejaba fluir libremente. Lo último que deseaba era estar cerca de él, y por ello marcharnos de Madrid parecía una buena opción. Eso sí, por otro lado, no me apetecía la idea de enterrarme en vida en un pueblucho de mala muerte de la sierra de Sevilla. En Madrid, por lo menos, me entretenía dibujando casi sin parar

o, si no, navegando por internet, viendo la tele o paseando con mi tía por las bulliciosas y alegres calles del centro... Pero en un pueblo no tenía la certeza de que mi espíritu obtuviera entretenimiento para mi dolor, ése que me emperraba en evitar y no quería afrontar cara a cara.

El inminente viaje me creaba sentimientos contrapuestos, porque, por otro lado, la idea de ver sitios nuevos me cosquilleaba la curiosidad. De todos modos, irme o quedarme no era decisión mía. Me gustara la idea o no, no tenía otra opción: iría allá a donde fuera tía Mar.

En unos días terminé el colegio; mi tutor habló con mi tía y le dijo que, aunque no había realizado los últimos exámenes, mi evaluación sería buena. Era un estudiante muy trabajador, y mi rendimiento durante todo el curso había sido excepcional; que no acabara la última evaluación no suponía que no hubiera aprovechado bien el tiempo y un último examen no modificaría mis resultados. Noté un deje de pena lastimera en su tonillo mientras hablaba con mi tía y lanzaba rápidas miradas de párpados pesados hacia mí. Todos los adultos hablaban de mí con ese odioso tonillo y, además, me miraban como a un animalito herido. Eso me irritaba, sí. Quería volverme invisible y desaparecer. Provocar pena en los demás me daba muchísima rabia.

Una semana más tarde, metíamos todas nuestras cosas en el flamante todoterreno que mi tía se había comprado para la ocasión y poníamos rumbo al sur por la carretera de Extremadura. Cinco horas después, estábamos a punto de llegar a nuestro destino.

★ ★ ★

Por fin, mi tía giró a la derecha y nos topamos con el nombre de la calle correcto. El letrero en cuestión no era tal, se trataba de una serie de azulejos pequeñitos, uno por letra, azul sobre blanco, que juntos rezaban: Calle Real.

—¡Coño, para ser la Calle Real ya podría estar en el centro del pueblo y no aquí, casi en los Pirineos! —exclamó Mar, mostrando cierto alivio.

Las palabras de mi tía resumían lo que yo llevaba pensando hacía un rato. La Calle Real era una calle extremadamente empedrada y, como casi todas las del pueblo, mal asfaltada, ubicada casi en las afueras, en el extremo más cercano a la sierra. Cuando por fin encontró el camino, el todoterreno subió en primera, mientras mi tía murmuraba entre dientes algo referente al enorme esfuerzo que las amas de casa de esa calle debían de hacer para subir la compra por ese camino infernal. Al mismo tiempo, leía los números de las casas.

—¡El cinco! —rio, al tiempo que frenaba con demasiado ímpetu, haciendo chirriar algo en el todoterreno. Apagó el motor y puso el freno de mano—. Hemos llegado.

Mi tía salió del coche, desahogándose al tiempo que gemía de gusto por poder, al fin, estirar las piernas.

De repente, una mujer apareció de la nada y se abalanzó hacia Mar, emitiendo unos ridículos grititos. Puse los ojos en blanco y contuve con desagrado las enormes ganas que tenía de salir del coche. No me apetecía formar parte de tan estúpida escena.

Elena —porque no podía ser otra que ella la que en esos momentos besaba a mi tía en las mejillas amenazando con arrancarle la piel— era una mujer de estatura media, delgada como un fideo, el canoso pelo cortado con un estilo moderno, rasurado en el cuello y más largo en lo alto, que le daba el aspecto de un joven paje. Cuando se giró y pude verle el rostro, me sorprendió lo guapa que era: unos enormes ojos azules y una gran sonrisa que le iluminaba la cara a pesar de que tenía los dientes un poco torcidos, pero no lo suficiente como para restarle belleza. Un par de hoyuelos en las mejillas daban a su expresión un toque añado que contrastaba con las evidentes arrugas que dejaban claro que no era una jovencita y que, si hubiera tenido hijos, ya sería abuela.

Tras la euforia inicial por el reencuentro, las dos mujeres se tomaron de las manos y hablaron entre risas durante unos minutos. Me imaginé que Mar estaría contándole a Elena cosas sobre mí, porque la sorprendí echándome un vistazo rápido que la otra correspondió. Eso me reforzó en mi decisión de no salir del coche hasta que no fuera irremediable, y me retrepé en mi asiento. En ese momento me moría por fundirme con el paisaje y desaparecer durante un rato. Pero el momento de afrontar las presentaciones llegó pronto. Las dos, Elena y mi tía, se acercaron y abrieron la puerta del copiloto del todoterreno. Sonreían, pero, para mi sorpresa, el de la tía no era un gesto de condescendencia, mostraba una simpatía auténtica.

—Daniel, saluda a Elena.

Mi desconfianza se derrumbó definitivamente cuando Elena me tendió una mano y me dijo con una voz profunda, muy parecida a la de mi tía Mar:

—Hola, Daniel. Sé que habéis tenido un largo viaje y estarás cansado. —La mujer retiró la mano sin perder la sonrisa al comprobar que yo no iba a dársela. No me gustaba que me tocaran, pero ella aún no lo sabía—. Quiero que te sientas en tu casa. Entra cuando te parezca bien, he preparado algo de comer.

Dicho esto, se volvió, tomó a Mar del brazo y, juntas, se dirigieron a la puerta principal de una enorme casa, el número cinco de la Calle Real que tanto trabajo nos había costado encontrar. Entraron y las perdí de vista.

Y yo me quedé ahí, sin saber muy bien qué hacer. Sonreí al entender que tanto Mar como Elena me iban a dejar a mi aire, que mis temores respecto a que me dieran la brasa o que estuvieran encima de mí todo el día eran infundados. Con un suspiro, salí del coche. El calor seguía siendo abrasador, pero una brisa comenzaba a soplar de algún lugar. La sierra, de oscuras rocas y verdosas e indefinidas formas, se alzaba al fondo de la calle; a diferencia de cualquier calle de Madrid, terminaba en un enorme prado de un verde intenso coronado majestuosamente por las montañas. Me

quedé absorto observando ese trozo de naturaleza tan cerca de una población, algo a lo que, por supuesto, no estaba en absoluto acostumbrado. Quizás ese sitio no me iba a disgustar tanto como yo me había temido, pensé sin dejar de sonreír, sintiendo que me relajaba por primera vez en horas...

Entonces escuché la voz.

«Fue, él... él. No puede quedar... impune. Es... asesino».

Me giré. No había nadie.

Estaba completamente convencido de que alguien había hablado a mis espaldas; casi podía sentir su aliento en el cogote, justo donde se me había erizado el cabello. Di la vuelta varias veces sobre mí mismo y miré a todas las ventanas y balcones que daban a la calle. Nadie. No había ni un alma. Pero yo juraría, juraría por lo más sagrado, que había escuchado una voz de hombre, una voz de anciano pronunciando la palabra «asesino» justo al lado de mi oreja.

Una sensación incómoda se adueñó de mí. Un inquietante frío me recorrió de pies a cabeza a pesar del intenso calor. Abrí el maletero del todoterreno a toda prisa, saqué la mochila con mis cosas y mi MP4 y entré, sin dudarle un instante, en la casa. No sabía qué había sido esa voz, pero no tenía ganas de que se volviera a repetir y no me iba a parar a investigarlo.

En esos momentos no podía saberlo, pero unos ojos me observaban atentamente a través de una persiana casi cerrada.